

considerado monopolio? ¿Por qué, siendo Pemex propiedad de todos los mexicanos, habría que entregarse para su disfrute a unos cuantos pelafustanes adinerados?

Fecha pendiente

Los grandes problemas actuales

Hace algún tiempo alimentaba yo la idea de concurrir a las reuniones que realiza cada semana este grupo de amigos y ciudadanos. Y, eso, porque me parecía altamente positivo que, en las condiciones sociales en que se encuentran ahora la mayoría de los nuevoleonese, con su sentimiento de frustración económica y política, existieran gentes que se esforzaran en aclarar las causas que han conducido al presente estado de cosas. La pasividad de los partidos políticos, sobre los que recaería la responsabilidad de asumir esta tarea, ha contribuido a que se extiendan la inquietud y la confusión del pueblo en todos los órdenes de su vida.

Sin embargo, me había privado de venir por dos razones. La primera, porque la mayoría de quienes aquí se reúnen son miembros del Partido Revolucionario Institucional y, como es lógico, gustan tratar de los problemas de su partido y las relaciones de su partido con la sociedad. Como yo no soy miembro de este partido, ni de ninguno otro, no podía participar, a riesgo de ser impertinente, en unas discusiones cuyos temas me son relativamente ajenos. La segunda razón es, pensaba, que no había llegado el tiempo de enfrentar, aquí, temas de mayor amplitud que las que dieron lugar a estas reuniones.

Ciertamente, las cuestiones que se han ventilado y las conclusiones alcanzadas son muy importantes, especialmente en lo que toca a la vida política y social de Nuevo León. Creo que, en este terreno, tienen ahora un concepto más claro, juicioso y sereno de los acontecimientos ocurridos en el estado, en México y, también en el mundo. Vale la pena echar una ojeada a estos acontecimientos, sobre todo a los que han creado inquietud y zozobra en México y en el mundo.

En estas últimas semanas han ocurrido hechos, a escala nacional e internacional, que han afectado de modo directo, o indirecto, la vida social de los nuevoleonenses y, por supuesto, la de los mexicanos.

Y es claro que ello se debe a que la sociedad moderna, toda la sociedad, ha llegado a un grado tal de complejidad y de intrínseca relación, que, cualquier fenómeno que ocurra en un punto indistinto del mundo, tiene efectos inmediatos y correspondientes en toda sociedad a escala universal.

Por ejemplo, tratándose de hechos nacionales, el triunfo electoral del Partido Acción Nacional en Nuevo León y del Partido de la Revolución Democrática en el Distrito Federal, trastocaron los supuestos políticos tradicionales en todo el país, supuestos de un cierto orden que aseguraba la tranquilidad política y social de la nación. Las que antes fueron luchas políticas internas en un solo partido, ahora son luchas entre fracciones sociales de distinta ideología. Igualmente, los últimos sucesos acaecidos en Chiapas, vinieron a crear un clima de inquietud general, en México y fuera de México, porque nadie sabe ni se atreve a conjeturar, cuáles serán las consecuencias, también de orden nacional e internacional, de esos sucesos.

Pero no se trata sólo de hechos nacionales. La caída resonante de las economías del Japón, de Indonesia, de Tailandia, de Singapur y de Corea del Sur, dislocaron in-

mediatamente las bolsas de valores de todas las naciones, incluyendo, naturalmente, a la de México. Los mexicanos comunes y corrientes nos dimos cuenta de que algo estaba pasando cuando, en el ámbito de nuestra economía, el peso disminuyó abruptamente su valor ante la moneda norteamericana y aumentó consecuentemente el precio de las mercancías. Los dólares se fueron a Estados Unidos, pues ya se sabe que los bancos norteamericanos son el refugio de los capitalistas mexicanos cuando algo anda mal en el país.

Además, como efecto de lo ocurrido en las naciones asiáticas, el precio del petróleo se derrumbó, en el mercado mundial, en un rango considerable, que puso en aprietos las finanzas de nuestro gobierno federal, en tanto que estas finanzas se alimentan en buena medida de los ingresos que produce la venta de nuestro petróleo al exterior.

Estas son algunas de las razones que me impulsaron a buscar la compañía de ustedes para cambiar impresiones y comentar, con seriedad, los sucesos que están sacudiendo los cimientos del orden económico y social del mundo. Porque lo que ahora ocurre en México, ocurre en otros muchos países, sin otra diferencia que el grado de su desarrollo económico y social; las causas del desorden son las mismas, pero es obvio que las naciones menos equipadas económicamente y más débiles en el juego político mundial sufren los efectos de estos acontecimientos con mayor intensidad.

Las causas internas

Una mirada retrospectiva nos muestra que la Revolución, al triunfar, dejó configurado en la Constitución General de la República un proyecto de desarrollo material, social y cultural de la nación, proyecto que los gobiernos sucesivos, emanados de la misma Revolución, se esforzaron en llevar a la práctica con mayor o menor

empuje y eficacia. Como el proyecto de desarrollo integral de la nación estaba fincado en mandatos expresos de la Constitución, la obra de aquellos gobiernos no fue sino la Constitución misma convertida en realidad. Por esta razón, siempre fue admitido que la Constitución era a la vez el programa y el motor del desarrollo de la nación.

Ciertamente, el proyecto de la Revolución fue asejado durante toda su trayectoria por presiones de dentro y fuera del país, todas tendientes a impedir el cabal cumplimiento del programa constitucional. Las presiones internas tuvieron como propósito impedir el cambio de la estructura semifeudal de la nación y la eliminación de los privilegios sociales que se fincaban en esa anticuada estructura; las presiones externas se propusieron impedir la cancelación de las concesiones privilegiadas que disfrutaban los extranjeros sobre los bienes y recursos naturales de la nación. Esas presiones se ejercieron de modo directo o indirecto, pero todas dirigidas al mismo fin.

Fueron presiones directas: el desconocimiento diplomático del gobierno del general Álvaro Obregón por parte de los Estados Unidos y su amenaza de intervención militar que dieron origen, quieras que no, a los tratados de Bucareli. Mediante estos tratados el gobierno de México se comprometió a no aplicar las disposiciones del artículo 27 constitucional a las propiedades petroleras, agrarias y mineras de las empresas norteamericanas que operaban en el país. También fue presión directa el asesinato de Obregón por agentes clericales y la llamada Guerra de los Cristeros contra los artículos tercero, veintisiete y ciento treinta de la Constitución. Igualmente fue presión directa la sublevación militar del general Saturnino Cedillo, financiada por las compañías petroleras de los Estados Unidos que deseaban recuperar sus bienes expropiados por el presidente Lázaro Cárdenas. Fueron presiones indirectas, pero con

el mismo propósito, las escandalosas manifestaciones del ya superado Grupo Monterrey, integrado por industriales retardatarios de esta ciudad, contra la distribución gratuita de libros escolares a los niños mexicanos. Además, presiones y sabotajes de diversa índole, todas orientadas a detener la obra material y cultural de la revolución institucionalizada.

Estas son las causas por las cuales el proyecto de la Revolución no se desarrolló de modo progresivo, de causa a efecto, y por las cuales se dieron cambios bruscos en su progreso, aunque no de su intención.

El programa de Miguel Alemán es distinto del de Lázaro Cárdenas, como también son distintos el de Manuel Ávila Camacho y el de Luis Echeverría. Sin embargo, la suma de los esfuerzos de todos los presidentes dio por resultado el México nuevo en que hoy vivimos. Sería insensato intentar un relato de la obra económica, social y cultural de la Revolución. Pero vale la pena referirse a algunas de esas obras.

El proyecto de la Revolución se inicia en gran escala con la reforma agraria realizada por el general Lázaro Cárdenas. Fueron fraccionados los enormes latifundios que existían en el país desde el siglo pasado y que estorbaban, durante más de cien años, el desarrollo de una economía rural moderna y próspera. Con el reparto de la tierra se produjo la primera revolución industrial en México, ya que surgió la necesidad de crear cientos de empresas nuevas para satisfacer los requerimientos de cientos de miles de campesinos beneficiados con la tierra. El salto industrial que se produjo en Monterrey entre los años 35 y 40 es un ejemplo de ello.

Como consecuencia de aquella primera revolución industrial se expandieron y renovaron las viejas ciudades de México. Al mismo tiempo, los viejos caseríos donde vivían antes los campesinos en su condición de peones de las haciendas, se transformaron en ciudades

modernas, cuyo ejemplo es Torreón, en la zona de la Laguna. Se inició un impetuoso desarrollo de la industria, del comercio, y del sistema financiero de la iniciativa privada.

El gobierno creó la Comisión Federal de Electricidad para satisfacer la cada vez más exigente demanda de energía eléctrica, ya que el servicio había concesionado por el general Porfirio Díaz a empresas extranjeras que no tenían el menor interés en el progreso de México y, por tanto, no extendían su servicio.

El gobierno de Cárdenas nacionalizó el transporte ferroviario que era, en aquel tiempo, el medio fundamental para la carga de mercancías y el transporte de pasajeros. El mismo gobierno construyó el Ferrocarril del Sureste para unir a los estados de Tabasco, Campeche y Yucatán con el centro del país en tanto que, antes, sólo se podía ir a esos lugares por mar. Simultáneamente, se inició una intensa labor de construcción de carreteras que ahora constituyen una red que se extiende prácticamente por todo el territorio nacional. Se nacionalizó y modernizó la industria petrolera, antes en poder de empresas norteamericanas, holandesas e inglesas, y se constituyó la empresa mexicana que lleva el nombre de Pemex. Con esta nacionalización, la revolución industrial tomó un formidable desarrollo. Con base en el nuevo proyecto energético de propiedad nacional se crearon multitud de empresas nuevas en todos los estados de la República, a la vez que la potente presencia de Pemex en el mercado mundial le permitió proveer al gobierno federal de buena parte de los recursos para continuar con mayor vigor su obra constructiva.

El gobierno adquirió, por compra, la Compañía de Fierro y Acero de Monterrey y construyó las siderúrgicas Altos Hornos de México y Lázaro Cárdenas. También adquirió, por compra, las principales fábricas de cemento y las minas de cobre de Cananea, Sonora.

Al mismo tiempo, se estableció el Instituto Mexicano del Seguro Social y, más tarde, el de Servicios Sociales los Trabajadores del Estado. El gobierno creó el Instituto Politécnico Nacional, que es uno de los centros tecnológicos más importantes de América Latina. También construyó la gran Ciudad Universitaria para alojar a la Universidad Nacional al mismo tiempo que los estados creaban sus propias universidades locales. México pasó a tomar el primer lugar en América Latina por el ritmo de su crecimiento y desarrollo social.

Finalmente se nacionalizó la industria eléctrica y bien pronto el país quedó totalmente electrificado. Con esta nacionalización se produjo la moderna revolución industrial de México. Se crearon los Bancos de Obras Públicas para ayudar financieramente a los estados de la República en su propia labor constructiva y Nacional Financiera, para ayudar a la iniciativa privada a desenvolverse al ritmo del sector público.

Ahora bien. El proyecto de la Revolución Mexicana se desarrolló durante sesenta años con alternativas más o menos importantes; pero, de pronto, el gobierno de Miguel de la Madrid y, luego, el de Carlos Salinas de Gortari, lo detuvieron para cambiarlo por otro de signo contrario, por un proyecto contrarrevolucionario. Ese cambio no obedeció a causas accidentales o caprichosas, sino a imposiciones externas bien determinadas.

Ya dije antes que la situación en que hoy se encuentra México se debe al hecho indiscutible de que la economía mundial ha llegado a un grado de tal desarrollo, aunque, obviamente, a un desarrollo desigual, que, para las grandes empresas industriales, mercantiles y financieras, han desaparecido los límites nacionales para sus operaciones y ahora operan en el mundo entero como mercado de consumo y de inversión. Este hecho ha producido el fenómeno de la **globalización de la economía** en tanto que en el mercado mundial se entretajan los intereses de esas empresas, siendo, las bolsas de valores,

los organismos donde se mezclan y confunden aquellos intereses. El desarrollo de la informática en todas sus variantes, permite que por medio de las bolsas de valores empresas financieras de unos países adquieran valores de países distintos sin que estos últimos sepan con seguridad en cuáles manos anda el juego de sus propios intereses. En muy breves palabras, este es un esquema de lo que se llama globalización.

La gran industria de México está globalizada, sobre todo la que tiene que ver con el mercado externo, es decir, con las exportaciones. Por eso es necesario saber lo que ocurre en el mercado mundial para entender mejor los efectos que los trastornos de ese mercado han producido en México.

Las causas externas

Todo comenzó cuando Alemania volvió a quedar unificada, exactamente igual que antes de la Segunda guerra mundial, al derrumbarse el famoso Muro de Berlín. Esa unificación produjo una formidable repercusión en el mundo entero. Porque, a partir de ahí, bajo el mando de un solo gobierno, Alemania se convirtió en la primera potencia europea. Y, ya fortalecida, Alemania aceleró el proceso de unificación de toda Europa, proceso iniciado desde antes por la propia Alemania y por Francia. Finalmente, ambas naciones, Alemania y Francia, lograron construir el Mercado Común Europeo.

Este mercado comenzó a cumplir los objetivos que se le asignaron. Las mercancías de las naciones asociadas en el mercado común empezaron a circular libremente por todo el territorio del mercado común sin trabas arancelarias ni aduanales de ninguna clase. Quedaron suprimidas las visas aduanales de pasaportes y ahora los ciudadanos europeos transitan de una nación a otra con la opción de radicarse donde mejor les plazca.

Existe un Parlamento europeo y, al final del año, empezará a circular una moneda única para todas las naciones unidas en el mercado común. La unificación política de Europa y la libre circulación interna de capitales, mercancías y ciudadanos por todo el territorio continental, ha elevado considerablemente la capacidad productiva y la autoridad política de Europa en los negocios mundiales.

Como consecuencia de la unificación europea, los Estados Unidos empezaron a perder influencia económica y política en aquel continente, influencia que había sido determinante desde los años de la posguerra.

Ante la ruda competencia que ahora se ha desatado, con motivo de esos hechos, en el mercado mundial, Estados Unidos se vio obligado a buscar nuevos mercados y mano de obra barata para su propia industria. Sin embargo, no fue tan fácil lograr su propósito, ya que todas las naciones del mundo desarrollado y en vías de desarrollo buscaban igualmente expandir su mercado exterior y defendían de diversos modos su mercado interior, reservándolo para su propia industria. Fue entonces cuando los economistas norteamericanos, al servicio de su gobierno, descubrieron un *nuevo modelo* de relaciones económicas internacionales, apropiado para resolver, decían, los problemas nudosos del comercio mundial. A este modelo, o, más bien, doctrina, que debería tomar categoría histórica, se le llamó neoliberalismo.

Esta doctrina postula la libre circulación de mercancías en el mercado internacional, algo así como ahora ocurre en Europa, y una absoluta libertad de mercado en la economía interna de cada país. Esta doctrina económica de los Estados Unidos —impuesta por la fuerza a las naciones débiles por conducto del Fondo Monetario Internacional— refleja clarísimamente la necesidad que tiene Estados Unidos de eliminar las trabas y las barreras arancelarias, y de otra índole, de las demás nacio-

nes, para exportar su voluminoso caudal de mercancías en condiciones privilegiadas. Para disfrazar lo que esta doctrina norteamericana tiene de exigente y brutal, se inventó un instrumento legal llamado Tratado de Libre Comercio, tratado que encubre hipócritamente la necesidad norteamericana de nuevos mercados de consumo y mano de obra barata.

A pesar de que la doctrina neoliberal no tiene nada de nuevo, salvo el hecho de reaparecer siglo y medio después de que estuvo en práctica en la región de Manchester, Inglaterra, de donde pasó a la historia de las doctrinas económicas con el nombre de manchesterismo, se ha impuesto ahora como una verdadera novedad. Es la doctrina del capitalismo supersalvaje.

Rene Gonnard, autor del texto sobre la *Historia de las doctrinas económicas* que se llevaba en la clase de economía política en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de México, definía, con las siguientes palabras, esa doctrina:

De modo general, el manchesterismo es la doctrina de todas las libertades económicas al servicio de la industria y de los empresarios de industrias, libertad ante la producción como en el cambio. en realidad, suele ser una libertad opresora, una libertad en beneficio de una sola clase. en tanto que el libre cambio es una libertad a beneficio de una sola nación... (El manchesterismo fue la doctrina prevaleciente en Inglaterra de 1825 a 1850).

México fue el primer país que cayó en la red norteamericana del libre comercio exterior y libertad de mercado en el interior. Libre comercio para la libre entrada a México de capitales, mercancías y tiendas comerciales norteamericanas y, libertad de mercado interior, para que el gobierno no estorbe el libre movimiento de esos capitales, mercancías y comercios en el interior de México.

Las consecuencias

Así ocurrió. Pronto hará una docena de años que el sistema económico creado por la Revolución Mexicana para cimentar la seguridad y la independencia económica y política de la nación fue sistemáticamente desmantelado por el gobierno de la República con el argumento de que ya no era útil para proseguir el desarrollo armónico del país y que, al contrario, ese sistema se había convertido en estorbo para el progreso nacional en los tiempos modernos.

No fue difícil obtener la sumisión del gobierno mexicano a los términos del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos.

Dos factores importantes incurrieron para que fraguara ese tratado.

Primero, México no había escapado a la fatalidad que pesa sobre todas las naciones cuando pasan por un período impetuoso de desarrollo. La fatalidad de la corrupción. En varias de sus industrias fundamentales y en las altas esferas del gobierno apareció la plaga de la corrupción. En el primer momento, la cantidad de grandes negocios, así como su cuantía y la velocidad con que se ofrecían sus posibilidades, propiciaron la corrupción. Después vino el tráfico de estupefacientes y drogas, tráfico que requería no sólo la tolerancia, sino la protección y hasta la colaboración de ciertos círculos oficiales. La corrupción que acompaña a este tipo de actividades penetró profundamente en algunos sectores de la sociedad y, sobre todo, de la alta y la baja burocracia. Bien pronto se convirtió en hecho público y escandaloso la corrupción generalizada en México.

Se supone que las redes internacionales que manejan estos negocios tienen sus mandos superiores en Estados Unidos. De ahí que el gobierno norteamericano